

habiéndose casado con la hermana menor de doña Felipa, había heredado de su suegro el gobierno de Porto Santo.

Colón y su mujer habían acompañado al nuevo gobernador á la isla á donde les llamaban intereses comunes, y allí les nació un hijo que recibió el nombre español de Diego.

No habiéndose empero realizado las esperanzas que habían llevado á Colón á Porto Santo, debió muy pronto tomar otra vez el oficio de marino. Vió la costa de Guinea, la embocadura del río de Oro, y se entusiasmó ante el espectáculo de los descubrimientos de los portugueses en aquellas aguas. Acerca de estos descubrimientos en los cuales había tomado parte muy principal don Bartolomé de Perestrello su suegro, había Colón encontrado ya en las notas y mapas de este último, documentos que no habían podido ménos que aumentar sus conocimientos náuticos y geográficos.

En 1473 estaba en Savona, ayudando á su anciano padre á luchar contra las mismas dificultades pecuniarias que le habían obligado á irse de Génova.

En 1474, fecha memorable en la historia de ese genio, sazónadas ya sus ideas, un postrer escrúpulo de modestia se las hacía someter al famoso Toscanelli, uno de los oráculos del renacimiento cosmográfico, y se encontraba en plena comunión de fé y de esperanza con ese ilustre sabio.

Finalmente, en 1476, dueño absoluto de su idea, lleno de un objeto, creador de un plan que ya no debía modificar, pasó Cristóbal Colón á Génova, su patria, después á Venecia, y ofreció á cada uno de estos Estados la idea, el objeto, el plan y el hombre.

Habiendo fracasado esta patriótica tentativa ante las preveniciones, el orgullo y la proverbial economía republicana, fué una vez más á abrazar á su padre en Savona, después de lo cual, sin darle ningun cuidado ya los aventureros plagiarios que pudieran aprovecharse de sus revelaciones, confió su proyecto á las manos de Dios, y navegó otra vez.

El mar, ese gran consuelo, amaba á Colón como si fuera hijo suyo; ¡se le parecía tanto! sus ojos brillaban con el mismo azul, y por un instante, con igual animación; profundo, impetuoso como él, tenía calmas no ménos súbitas, no ménos dulces. ¡Colón, por otra parte, era un hijo tan bueno! ¿Qué piden las madres? que sus hijos vuelvan á ellas cuando el mundo les ha ofendido. Entonces, por crecidos, por viejos que sean, les reciben, les riñen con ternura, les mecen en su seno que les alimentó, en los brazos que les llevaron, que les llevarían aún si necesario fuera.

Colón conocía la dulzura de este supremo asilo de los atribulados; jamás dejaba de acudir en él en sus tribulaciones, y aún no había dormido una hora en él cuando se despertaba ya calmado.

Vedle ántes en Islandia,—hasta allá había huido,—pocos meses después de los

dolorosos fracasos que no hemos hecho más que indicar. Ved en esta nota de viaje la tranquila y serena calma á que hizo lugar la agitación, y como la amargura, si alguna queda, se deposita pronto en el fondo de esta alma:

«El año 1477, en el mes de febrero, navegaba yo más de cien leguas más allá de *Tille* (*Thulé*), cuya parte meridional está distante del ecuador 73 grados, y no 63, como lo pretenden algunos geógrafos, y *Tille* no está situado dentro de la línea que termina el occidente de Tolomeo. Los ingleses, principalmente los de Bristol, van con sus mercaderías á esta isla que es tan grande como Inglaterra. Cuando yo me encontraba allí, el mar no estaba helado, aunque las mareas son allí tan fuertes, que subían veinte y seis brazas, y bajaban otras tantas. Es verdad que el *Tille* de que habla Tolomeo se encuentra en el punto donde él lo pone, y hoy se llama Frislandia.»

Á pesar de los errores de distancia y sobre todo de latitud, que el estado actual de la ciencia geográfica permite á un niño notarlos, atestigua este pasaje la rara sagacidad de su autor. Es el primero, entre los modernos, que distingue dos islas de Thulé, de las cuales la ménos extensa y la más meridional llamada Frislandia es la *última Thulé* de Tolomeo y de Séneca. Diríase, según la expresión de Humboldt, que Colón *adivinó* lo que las investigaciones sobre la geografía antigua han hecho de cada vez más probable en los tiempos modernos.

Hagamos notar con este motivo que el mismo sabio, en el exámen que hace del pasaje citado, no admite la suposición de que Cristóbal Colón pudiera recibir en Islandia informes capaces de despertar en él la idea de la grande empresa que debía realizar más tarde. «Habría podido saber, dice, que los colonos escandinavos de la Groenlandia habían descubierto la tierra de Vinland, que algunos pescadores de Frislandia habían aportado á una tierra llamada *Drogeo*; todas estas noticias no le habrían en manera alguna parecido relacionadas con sus proyectos.» El célebre geógrafo, Adam de Brema, reconoció indudablemente el Vinland desde el siglo décimo; más adelante *Ortelius* ha precisamente atribuido á unos normandos del siglo nono el primer descubrimiento de la América continental; pero las obras de estos autores no se han publicado hasta mucho tiempo después de la muerte de Colón las primeras, y diez años ántes las segundas.

Añadamos de paso que *todas estas noticias*, como dice Humboldt, si las hubiese sabido en los mismos sitios, habrían necesariamente influido en sus planes; pues bien, después de su vuelta de Islandia, le vemos someterlos al rey Juan y á su consejo exactamente bajo la misma forma en que los había expuesto á Toscanelli, en 1474.

El inteligente sucesor de Alfonso V dispensó de pronto mejor acogida á estas declaraciones que los senados de Génova y Venecia; hasta les dispensó tanta consideración, que su autor debió fijar inmediatamente el precio que pensaba

poner á la feliz ejecucion de su plan. Habiendo empero Colon medido sus pretensiones con arreglo á la importancia de la empresa, se consideraron aquellas exorbitantes, en atencion, sobre todo, á la oscuridad y pobreza del que las sostenia. Colon no quiso rebajar nada de ellas por más instancias y concesiones que se le hicieron, y emprendió una vez más sus humildes tareas con una tranquilidad y perseverancia que aumentaron el aprecio y la confianza del rey.

Efectivamente, muy pronto, no obstante la desdenosa oposicion de varios de sus familiares, llevó el rey la cuestion ante un consejo superior. Debatíose allí apasionadamente, pero señalaba un progreso notable la circunstancia de tratarse casi únicamente bajo el punto de vista de los gastos de la expedicion. Sin embargo, como el rey no parecía retroceder ante ningun sacrificio de hombres ó de dinero, fué invitado Colon á entregar lo que ahora llamaríamos nosotros una Memoria detallada de sus proposiciones generales y particulares, apoyándola en razones y cálculos. Hizolo sin desconfianza y esperó con paciencia el resultado de un exámen al que no se le admitia. Este exámen duró mucho tiempo. Duraba todavía, y lo poco que de él se traslucía le parecía á Colon del mejor agüero, cuando un rumor esparcido en Lisboa le hizo suspender su juicio sobre el particular.

Unos marineros recién llegados en mal estado de una misteriosa expedicion, se burlaban del genoves y de sus ideas; con palabras cubiertas primeramente, y en voz alta y sin ambages despues, y con la jactancia que producen los vinos del mediodía, se alababan de haber experimentado el famoso proyecto de Colon, y haber pagado cara la confianza de su jefe en aquel aventurero.

Aquellos fanfarrones mentian solamente á medias, su comandante, un marino de algun valer había recibido copia de los planos, mapas y notas de Colon, y, partido con una mision aparente para el cabo Verde, debía en efecto robar al confiado genoves lo que un rey tenía á bien deberle pero no pagarle.

Pero si era cómodo robar á Colon una idea, lo era ménos hacerse con el corazon y el genio de semejante hombre. Algunos días de navegacion hacia el oeste, agotaron la resolucion de aquellos forbantes. El temor de lo desconocido les trastornó el juicio. Cada bocanada de aire irónicamente favorable, les parecia apresurar su pérdida. Saltó repentinamente el viento, y bendijeron la tempestad que les apartaba de su objeto. Agitado finalmente el mar de fastidio, les rechazó hacia la misma orilla, donde el futuro gran almirante del Océano pudo verlos abordar pálidos, trémulos, pero zumbones tambien como todos los cobardes.

Colon despreció sus sarcasmos; pero rompió en su alma todo lazo con el investigador de aquella tentativa, que, vuelta contra él, no había redundado al fin sino en su provecho y gloria.

Efectivamente, dando oidos á aquellos hombres y á su pobre jefe, nadie podía obtener buen resultado en lo que ellos habían fracasado. No había más que

creerles, y más que nunca se creyó infranqueable el Océano. Nadie más que un loco podía afirmar lo contrario.

Y, sin embargo, el rey admitia ese contrario, y Colon lo afirmaba siempre, pero ya no se ofrecia á demostrarlo. Y hé aqui cómo Portugal, por la traicion de uno de sus monarcas más sabios, más ilustrados, pero ménos nobles, perdió la ocasion de ganar un mundo.

En vano reconocia este rey su falta, cuya mayor parte achacaba precisamente sobre sus consejeros; en vano se esforzó por repararlo; en vano otorgó á Colon todo lo que por tanto tiempo le había regateado: Colon se mantuvo inquebrantable. Volvió como siempre á sus tareas, á sus amados estudios; despues, de repente, hacia últimos de 1484, temiendo por graves indicios, verse imponer la mision á la que se había generosamente ofrecido en días mejores, partió secretamente de Lisboa, llevándose consigo á su hijo Diego.

En esta época había tenido Colon el dolor de perder la compañera que tan animosamente le había ayudado á sostener el peso de la vida. Sentia la necesidad de tomar nuevo vigor en el aire natal, en las afecciones de familia; por esto pasó de pronto á Génova.

Si no encontró en esta ciudad más aliento que en su principio para sus proyectos, si hasta los vió más oficialmente desdenados pero por razones del todo mezquinas, pudo á lo ménos abrazar una vez más á su anciano padre, reinstalándolo en su casita de la calle del Arco.

Llenado este deber, fuerte con la bendicion dos veces paternal, impuesta á su frente y á la de su hijo, libre para con su patria, que le había despreciado, sus meditaciones ó algun impulso secreto, le determinaron súbitamente á trasladarse á España.

Como las aves viajeras que se ven cernerse mucho tiempo indecisas en un mismo espacio, pero que repentinamente parten como una flecha en una direccion que ya no cambiará, asimismo acababa Cristóbal Colon de orientar finalmente su vuelo.